

Homilía de Don José Vilaplana Blasco en su toma de posesión

Novedades

Enviado por : AyamonteCofrade.com

Publicado el : 8/10/2006 0:30:00

A continuación, mostramos la homilía ofrecida por el nuevo Obispo de la Diócesis de Huelva, Don José Vilaplana Blasco, en el acto de toma de posesión que tuvo lugar el pasado día 23 de Septiembre en la Catedral de Nuestra Señora de la Merced, de Huelva.



Homilía del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. José Vilaplana Blasco

Toma de Posesión

de
la Sede
de Huelva

23 de septiembre de 2006

Queridos hermanos y hermanas: Cristo es el Buen Pastor, en quien se cumplen plenamente las promesas de Dios a su pueblo. Él nos reúne, esta tarde, como pueblo suyo; nos alimenta en la mesa vivificante de la Eucaristía y nos hace crecer como discípulos suyos. Él sigue guiando nuestra Iglesia pues, como Buen Pastor, está siempre con nosotros. Él ha querido elegir a algunos hombres de su Pueblo para que, sin ningún mérito por nuestra parte, le sirvamos como pastores y seamos una transparencia suya en medio de la comunidad cristiana. Hoy vengo a vosotros como obispo de esta querida Iglesia de Huelva, para ser ese signo de Cristo, Buen Pastor. Aquí estoy para servirlos. Sostenido en mi debilidad por su misericordia, inicio confiado y alegre esta nueva andadura. Deseo que Cristo y vosotros toméis posesión de mi persona: a Cristo pertenezco y Él me entrega a vosotros. Pongamos la mirada en Él. Este solemne acto tiene a Cristo como centro: celebramos su amor y su presencia entre nosotros. ¡A Él la gloria y la alabanza! Dicho esto, quiero expresaros a todos los presentes, y a todos los que seguís este acto por los medios de comunicación, mi más afectuoso saludo y mi más cordial gratitud. Saludo al Sr. Nuncio de su Santidad. Señor Nuncio: su presencia nos hace sentir más cercano a nuestro querido Papa, Benedicto XVI, y nos permite manifestar, a través de Usted, nuestra filial adhesión, sincera gratitud y profunda estima al Sucesor de Pedro, y en la delicada situación actual, nuestro más firme apoyo y leal colaboración. Saludo a mis queridos hermanos obispos. De manera especial al Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla y al Sr. Arzobispo de Oviedo, con los obispos de las respectivas provincias eclesíásticas, a la que he pertenecido y a la que me incorporo, así como al Sr. Presidente de la Conferencia Episcopal Española, al Sr. Arzobispo de Valencia, mi Iglesia de origen, y a los demás obispos que me acompañáis. Queridos hermanos: Con todos vosotros experimento la alegría de servir al Evangelio y la preocupación por todas las Iglesias, compartiendo nuestro ministerio en un clima de cálida fraternidad y gozosa amistad. Saludo también al Sr. Obispo de Faro, diócesis vecina de Portugal. Saludo particularmente a Don Ignacio, mi querido predecesor. Quiero dirigirle una palabra llena de afecto y agradecimiento porque me ha acogido como un hermano, animándome, informándome y preocupándose de todos los detalles para que me sienta bien acogido. Muchas gracias, que Dios bendiga tu labor generosa y prudente, querido Ignacio. Encuentro un campo bien trabajado por ti y por los queridos obispos que nos han precedido: D. Rafael, D. José María (en proceso de beatificación), D. Pedro, primer obispo de esta joven Diócesis, y el Beato Manuel González, que aunque no fue obispo de Huelva, trabajó fecundamente como su Arcipreste. Saludo a todas las autoridades presentes. Al Sr. Presidente y Sra Vicepresidenta de la Diputación. Al Sr representante del Delegado de Gobierno de la Junta de Andalucía, Delegado de la Consejería de Justicia. Al Sr. Subdelegado del Gobierno Central en Huelva. Al Sr. representante del Gobierno de Valencia Al Sr Alcalde y corporación municipal del Ayuntamiento de Huelva Al Sr Alcalde de Santander A la Sr Alcaldesa de Benimarfull, mi

pueblo natal. A las autoridades militares y al Sr. Rector de la Universidad. A todos les agradezco sinceramente su presencia, con el deseo de que colaboremos, respetando los campos propios de cada entidad, en favor de una convivencia armónica entre todos los ciudadanos y en la generosa ayuda a los más necesitados. Os saludo a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas de la Diócesis de Huelva, y a mis queridos diocesanos, sacerdotes, diáconos y seminaristas, religiosos, religiosas, institutos seculares y fieles laicos. A todos os abrazo en Cristo: a los niños, a los jóvenes, a las familias, a los ancianos. A todos los que habéis venido de la Sierra, del Andévalo, de la Mina, del Condado, de la Costa y de la Ciudad. Os agradezco vuestra presencia tan numerosa y vuestra festiva y calurosa acogida. Que el Señor nos permita crecer juntos en fidelidad al Evangelio. Saludo a los queridos hermanos y hermanas de la Diócesis de Santander: tendré siempre un recuerdo entrañable de los quince años que el Señor me ha concedido vivir con vosotros. Guardo un profundo sentimiento de gratitud, al que se añade la delicadeza y el esfuerzo que habéis hecho por venir a acompañarme desde el Cantábrico. Que Dios os bendiga. Os saludo a vosotros mi querida familia y mis queridos amigos y vecinos de mi pueblo y a vosotros los sacerdotes de Valencia, compañeros y condiscípulos. Familia, parroquia y compañeros habéis sido para mí una escuela de humanidad y de fe. Doy gracias a Dios por vosotros. Hoy nos encontramos todos formando una gran familia, la familia de los hijos de Dios, en este acontecimiento que queremos vivir con el más hondo sentido cristiano. En estas mis primeras palabras, deseo recordar un gesto, lleno de ternura y hondo significado, que hemos podido observar en nuestros hogares cristianos. Me refiero al gesto que una madre cristiana realiza cuando, al inicio del día, después de lavar y vestir a su hijo chiquito, toma la mano del pequeño y la lleva de su frente al pecho y de hombro a hombro, marcándolo con la cruz del Señor y diciendo: "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". ¡Qué hermoso! De mayores, los cristianos seguimos repitiendo este gesto y estas palabras al comenzar el día y las tareas, al inicio de nuestras celebraciones litúrgicas y de nuestras oraciones, pero quizás no nos detenemos a pensar y descubrir lo que significa: Este gesto evoca nuestro Bautismo, nos recuerda que participamos de la vida de Dios, que hemos sido incorporados a Cristo y a su Iglesia, que somos templos del Espíritu Santo. Nos remite a la fuente de Vida que es Dios mismo, descubriéndonos dónde está el fundamento de nuestra vida: el amor de Dios que nos envuelve. "En él vivimos, nos movemos y somos". Hoy, al iniciar la celebración de la Eucaristía, acompañado por todos vosotros -que sois como la expresión de la mano de la Madre Iglesia que me ayuda y me acompaña en este momento- hemos hecho el signo de la Cruz y hemos invocado al Dios, Uno y Trino. Celebremos con gozo esta experiencia de iniciar una nueva etapa de nuestra vida acercándonos al manantial que nos vivifica: a Dios mismo. En Él está el cimiento de nuestra vida, la fuente del Amor que nos sostiene y el frescor evangélico que nos renueva. Enraizados en Él encuentran orientación y firmeza todos nuestros pasos. EN EL NOMBRE DEL PADRE... Comenzar en el nombre del Padre significa reconocerlo como nuestro creador providente. Él guía nuestras vidas y nos acompaña con ternura y misericordia. De esta experiencia de fe brota una confianza inquebrantable, que nos permite afrontar con serenidad los momentos oscuros y difíciles de la vida, y a cada paso podemos decir con Abraham "Dios proveerá". A esta confianza le acompaña siempre el gozo. Vivamos la confianza a la que Cristo nos invita en el Sermón de la Montaña: mirad las aves del cielo y los lirios del campo, Dios así los cuida ¡cuanto más a nosotros! El reconocimiento de Dios como Padre nos da también una mirada nueva, abierta, amplia, que abarca a todos los hombres: una mirada como la de Dios que hace salir el sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos. Esto tiene unas consecuencias importantes para nosotros: Toda persona humana está revestida de una dignidad inviolable, desde el momento de su concepción hasta su muerte natural. Toda persona, por pequeña o frágil que sea es

digna de amor. Acoger al niño, al pobre, al débil es acoger a Dios mismo. "El que acoge a un niño como éste -dice Jesús- no sólo me acoge a mí sino al que me ha enviado". Es muy antigua la tradición que presenta al Obispo como imagen del Padre, con el deber de cuidar con amor paternal al pueblo santo de Dios, y conducirlo, junto con los presbíteros y diáconos, por la vía de la salvación. De esta manera, el obispo recuerda también a la comunidad que preside, que Dios nos ha amado primero, que todo lo hemos recibido de su bondad y su gracia. En la vida cristiana todo comienza por ser un don. "Porque tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único". ...EN EL NOMBRE DEL HIJO... Jesús, el Hijo de Dios, nos manifiesta el amor del Padre. Toda su vida, sus palabras y sus gestos, muestran cuánto nos ama Dios. En el relato evangélico que hoy hemos escuchado vemos a Jesús subiendo a Jerusalén para entregar su vida en la Cruz, expresión máxima del amor de Dios. "Entregado en manos de los hombres lo matarán y al tercer día resucitará". En la Muerte y Resurrección de Cristo se pone de manifiesto que el amor de Dios es más fuerte que la muerte. Cristo, el crucificado que vive, sigue amándonos para siempre. Toda la vida cristiana es un aprendizaje de este amor: "amaos como yo os he amado". El discípulo aprende a caminar por la vida con Jesús y como Jesús. Él se hizo, por nosotros, el último de todos - se rebajó hasta la muerte- y el servidor de todos, entregando su vida, y nos dio ejemplo para que también nosotros hagamos lo mismo. Así lo dijo en el lavatorio de pies. Como hemos visto también en el evangelio, este aprendizaje no es fácil. Los discípulos caminan con Jesús pero sus corazones no van en la misma dirección: Jesús habla de entregar la vida, ellos discuten quien será el primero. No entienden y no preguntan, interrogados por el Señor no contestan. Pero el Maestro, con excelente pedagogía, pone en medio de ellos un signo: un niño, una criatura frágil, que necesita ser amado para crecer y vivir. Jesús cambia la mirada de los discípulos: de mirarse a sí mismos, encerrados en sus intereses, deben abrirse para acoger en su vida a los otros. El que se busca a sí mismo se pierde, el que está dispuesto a dar la vida la encuentra. La vida vale la pena vivirla para darla. Queridos hermanos y hermanas, necesitamos recuperar esta conciencia de discípulos, de aprendices, para revitalizar nuestra identidad cristiana. Convertidos al Señor y configurados con Él, experimentaremos la intensa alegría de habernos encontrado con Él y sentiremos el impulso de comunicar esta alegría a los demás. El discípulo se hace testigo. Estamos llamados a evangelizar, a presentar a Jesucristo como Buena Noticia para todos; esto requiere nuestro testimonio con palabras pero, sobre todo, con la vida. El apóstol Pedro hizo este itinerario. Aprendió a echar la red en obediencia a las palabras del Maestro, sintió el temor ante la Cruz y experimentó su debilidad en la negación. Sin embargo, en su encuentro con Jesús Resucitado respondió al interrogante del Señor diciendo: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero". Jesús le encargó que apacentara su grey. Hoy, consciente de mis debilidades, quiero profesar, ante vosotros mi amor a Jesucristo y acoger el encargo que me hace de cuidaros, con la entrega y amor del Buen Pastor. Con vosotros soy cristiano y para vosotros obispo: Servidor de Jesucristo y servidor vuestro, sucesor de los apóstoles para enseñar, santificar y guiar esta querida Iglesia, en el nombre del Señor. Juntos seguiremos las huellas de Jesús con la gracia del Espíritu Santo. ...EN EL NOMBRE DEL ESPÍRITU SANTO. El Espíritu del Señor, derramado sobre nosotros, nos permite continuar la misión de Jesucristo en cada momento de la historia. "Como el Padre me ha enviado así os envío yo... Recibid el Espíritu Santo". Acojamos esta donación del Espíritu y seamos dóciles a sus inspiraciones, pues Él es el alma de la comunidad cristiana y el principal agente de la evangelización. Con su impulso podemos vencer todos los miedos y pesimismo que, a veces, nos atrapan. El nos vivifica y santifica enriqueciéndonos a cada uno de nosotros con carismas diversos que hemos de cultivar según la vocación a la que hemos sido llamados. Pero el mismo Espíritu nos reúne en la comunión de la Iglesia para que todos los dones contribuyan al bien común, de manera

que unidos afrontemos la apasionante misión de manifestar al mundo el amor de Dios. Comunión para la misión: "Que sean uno, para que el mundo crea": ésta es la oración de Jesús y la brújula que nos orienta y nos adentra en una verdadera espiritualidad de comunión. Que nuestra unión, vivida en el amor mutuo -"mirad cómo se aman"-, sea una señal luminosa en medio de nuestra sociedad, tan necesitada de una verdadera experiencia del Dios-Amor. Así nos lo recuerda constantemente en sus mensajes el Papa Benedicto XVI. Con la confianza puesta en el Espíritu Santo, hoy vengo a vosotros consciente de mi responsabilidad de ayudar a cultivar todos los carismas y dispuesto a trabajar para que todos confluyan en la unidad. Unidos como Iglesia diocesana estamos llamados a presentar al mundo la belleza del Evangelio, la novedad de la vida que Cristo nos ofrece en las Bienaventuranzas, que adentrándonos en el Reino de Dios, son el camino de la verdadera alegría. Las palabras proféticas que el Papa Juan Pablo II pronunció en Huelva, en aquella jornada inolvidable, que yo pude compartir con vosotros, describía con rasgos certeros el drama de nuestra cultura, que intentando buscar la felicidad al margen de Dios se encuentra con el vacío. Ante esta situación nos invitaba a buscar la respuesta convocándonos a una nueva evangelización. Vosotros, mis queridos hermanos y hermanas onubenses, con vuestro obispo Ignacio al frente, habéis sabido aplicar esas indicaciones del Papa en los planes pastorales que habéis llevado adelante en estos últimos años. Ahora concretamente con el titulado "Yo estoy con vosotros". Hago mío totalmente este Plan y esta misma semana, reunido con mis queridos hermanos sacerdotes, ya me pondré a trabajar en él. Caminando y creciendo con vosotros deseo entregarme del todo a esta hermosa misión de la evangelización. Nos acompaña la maternal protección de la Virgen María, por la que sentís un amor apasionado y entusiasta. La Madre de Dios -invocada con títulos tan dulces y entrañables como la Virgen de la Cinta, del Rocío, de los Milagros y tantas otras hermosas advocaciones con que la invocáis- es también nuestra Madre. Cristo nos la regaló desde la Cruz y nosotros la hemos acogido, como el discípulo amado, en la casa de nuestro corazón. Comparto con vosotros ese amor filial a María; a ella me encomiendo y, con vosotros, quiero ser fiel a la indicación que Ella nos hace al decirnos señalando a su Hijo: "Haced lo que Él os diga". Termino, Quizás os haya sorprendido que no tratara de los retos y problemas que hemos de afrontar en este momento que nos ha tocado vivir. Lo haré poco a poco en otros encuentros. Hoy he querido poner de relieve la luz con que hemos de mirar y la fuente de la que hemos de sacar nuestras energías espirituales para afrontarlos. Pues si tenemos una firme confianza en Dios Padre; si seguimos con fidelidad los pasos de Jesús, y si nos dejamos conducir por el soplo del Espíritu Santo afrontaremos con esperanza: - la misión de proponer y transmitir la fe, especialmente en el ámbito de la familia, - la pastoral juvenil y vocacional, - la formación de un laicado que sea fermento en el mundo de la cultura, la economía y la política, - las nuevas pobrezas: inmigración, adicciones y soledad... y todo tipo de sufrimientos. Enraizados en una fuerte experiencia de Dios, que es Amor, no nos faltará la creatividad de la caridad, para trabajar por un mundo nuevo. Este manantial de vida lo encontramos en la Eucaristía, fuente y cumbre de toda la vida cristiana. Que la Virgen Inmaculada y San Leandro, patronos de la Diócesis intercedan por nosotros. Rezad por mí, para que sea siempre testigo de Jesucristo, servidor de todos y una transparencia fiel del Buen Pastor. Amén Fuente: Web Diócesis de Huelva